

GANADORA DE LOS PREMIOS NÉBULA Y LOCUS

# LA ÚNICA CRIATURA ENORME E INOFENSIVA



BROOKE  
BOLANDER

TRADUCIDA POR CARLA BATALLER ESTRUCH

Crononauta

LA ÚNICA CRIATURA ENORME E INOFENSIVA



Para Ben: «Cuando la sangre se seque y el humo se despeje, nos encontrarán espalda contra espalda».





PARTE PRIMERA





Hay un secreto enterrado bajo la piel gris de la montaña. Quienes lo pusieron ahí, los gritones caraplanos de color rosa con más inteligencia que sentido común, hace muchas Madres que se marcharon, sus huesos tan desmenuzados que el aleteo de una oreja los dispersa en semillas de estornudo. Para exhumar el secreto de las Profundidades se precisa de una larga trompa y una memoria aún más extensa. Esos gritones dejaron avisos funestos tallados en la roca, pero la roca no se los transmite a sus hijas, y hace cientos y cientos de matriarcados las lluvias punzantes lo enjuagaron todo hasta dejarlo tan limpio y pulido como un viejo colmillo.

La memoria de las Muchas Madres es más extensa que la memoria de la piedra. Recuerdan cómo ocurrió, cómo les asignaron su tarea y por qué ninguna otra criatura viva se adentrará en la montaña. Es

una tregua con los Muertos, y las Muchas Madres son nada más y nada menos que la Memoria de los Muertos, la suma total de todas y cada una de las historias que les contaron.

Por la noche, cuando la luna se arrastra detrás de la montaña y la tierra se oscurece como piel mojada, brillan. Ahí hay una historia. No importa cuán lejos llegues, oh, mi queridísima criatura, el pasado siempre se aferrará a tu tobillo; un grillete quebrado que no desaparecerá con el tiempo.

— oOo —

Toda la investigación de Kat (los años de universidad, los libros de texto caros sobre física y sociología, la deuda que nunca en el santo periodo radiactivo del uranio podría pagar, la sangre, el sudor y las lágrimas) se ha reducido a hacer que las elefantas brillen en la condenada oscuridad. No le extraña. Seguro que su abuela se está descojonando como una loca en alguna parte.

Se han presentado un millón de soluciones distintas a ese problema a lo largo de los años. Pictogramas, sacerdotes, código matemático grabado en granito...

Todas eran interesantes, enigmáticas incluso, pero no pudieron decantarse nunca por un método a prueba de tontos que mantuviera a la gente alejada. Hasta alguien había sugerido unas notas musicales disonantes, una discordia estridente que, al rasguitarla, puntearla o tocarla, provocara de forma instintiva una reacción de pavor en cualquier simio que tuviera la mala suerte de oírla. El problema de esa solución, por supuesto, era averiguar qué sonido exacto sería amenazante para las generaciones futuras. Si retrocedemos doscientos años y hacemos que un fulanita o una menganita normales y corrientes escuchen un disco de *death metal* escandinavo, también padecerían una reacción estupenda de miedo.

Y entonces llegó la Hipótesis de las Elefantas Atómicas.

Kat creció, al igual que muchos niños estadounidenses, asociando a los elefantas con los peligros de la radiación. Durante el último siglo, todos los niños habían visto y revisto un millón de veces la versión animada y censurada de Disney sobre la Tragedia de Topsy (ese final, en el que Topsy se da cuenta de que la venganza Nunca es la Opción Correcta y accede a seguir pintando las esferas de los relojes para Ayudar en la Guerra, aún hace que Kat ponga los ojos en

blanco con tanta fuerza como para dislocarse un nervio óptico) y, cuando crecen, en secundaria hay clases enteras de historia dedicadas a los juicios de las Elefantas del Radio. El vídeo de un noticiario rayado y del color de la arena, siempre reproduciendo el mismo momento, a la misma elefanta líder fantasmal muerta hacía ochenta y cinco años haciendo las señas de «Nosotras sentimos» a la intérprete nombrada por el tribunal con una trompa que se enroscaba enfocándose y desenfoándose. Esas imágenes, al verlas a tan tierna edad, se arraigaron hasta la médula en lo más profundo de su ser. Y, al parecer, también persistieron en muchísimas personas: la Ruta 66 sigue salpicada de elefantes de neón que llaman llenos de alegría a los viajeros desvanecidos en el polvo y en el espejismo de esa carretera hace cincuenta años. La mascota del mayor proveedor de energía nuclear del país es Atomisk el Elefante, un jovial paquidermo de color rosa que Nunca Se Olvida de Pagar las Facturas a Tiempo. A *Fat Man* y *Little Boy* las decoraron con colmillos encolerizados, un hecho muy chungo por diversas razones. El país nunca ha conseguido arrancarse esa macabra esquirra cultural.

Kat había considerado aquello rigurosamente durante mucho tiempo, se masajeó la barbilla en un gesto

pensativo muy estereotipado y sugirió un sistema de aviso tan ridículo que nadie la tomó en serio al principio. Pero fue una de esas cosas que salen de coña, ¿sabéis? Cuanto más se reían, más sentido cobraba. La desesperación era colectiva: los residuos seguían acumulándose y tenían que avisar a quienquiera que se ocupase de aquello en los próximos diez milenios de lo que era, de dónde estaba y por qué no deberían usarlo como aderezo en los postres o como supositorio anal.

Y por eso está Kat aquí sentada, con la corbata recta, el pelo cardado casi rozando el cielo, esperando para reunirse con una representante de las elefantas. Explicar los motivos culturales por los cuales quieren que el pueblo elefante brille en la oscuridad será un ejercicio de *ballet* en un campo de minas; y buena suerte para el intérprete que le asignen.

— oOo —

Mataban a los suyos solo para ver el tiempo pasar. Así fue como empezó. El brillo hipnotizaba a los humanos, igual que a las urracas, pero ninguna urraca ha tenido nunca tanta conciencia sobre cuántos días le

quedan antes de convertirse en una historia ya contada. Incluso en la oscuridad se inquietaban; sentían que las estrellas, al migrar sobre sus cabezas, les mordían como moscas en verano. Construyeron refugios para tapar la panorámica de su recorrido. Así solo consiguieron oscurecer las cosas; un león oculto en la hierba alta sigue siendo un león que existe. Ataron los cazasoles chirriacadas girastutos para saber siempre dónde estaba ella, aferrados a la ardiente cola del sol como crías asustadas.

(Intenta no juzgarlos; sus madres fueron seres olvidadizos de corta vida; los clanes estaban dirigidos por machos con memorias efímeras y temperamento irascible. No tenían historia ni compartían una Memoria. ¿Quién puede culparles por aferrarse como simios temerosos a las únicas constantes que poseían?).

«Pero ¿cómo podemos seguir el veloz vuelo del tiempo en la noche con estos ojos y estas orejas tan diminutas?», chillaron los humanos. «¿Y si el sol se marcha y nos deja y ni siquiera nos damos cuenta de que nos ha abandonado?».

La respuesta, como suele ocurrir con muchas de las cosas que esas criaturitas patéticas dragaron del lodo, fue: con veneno.

Cornearon la tierra causándole grandes agujeros, sacudieron sus huesos hasta que cayeron cristales como trozos de un cielo sin estrellas. Atrapadas en su interior había moscas relucientes. Al pisotearlas salía un brillo sucio, pero en su sangre y en sus tripas anidaba la enfermedad. ¡Compadécete de los pobres humanos! Tenían las narices tan achaparradas, eran unas cosas tan absurdas, que no podían oler lo Nocivo, ni siquiera cuando se lo restregaban por los dientes y la cara. Lo único que podían ver era lo mucho que brillaba, como la luz del sol a través de hojas recién germinadas. Por no tener trompa, muchos pesares acaecerían a los humanos... y a nosotras, aunque lo desconocíamos en aquel momento.

— oOo —

Hubo un buen lugar, una vez. La hierba hacía chas y plaf bajo nuestras patas. Madre hacía brrrrt. El mundo poseía una calidez frutal y pegajosa, y el sol formaba rayas como trompas con un vaivén de sombras grises que olían a Nosotras. Barro e historias y Madres, muchas Madres, siempre acariciando, siempre contando, sensibles firmes valientes infinitas. Sus

colmillos sujetaban el cielo alto alto alto. La esencia de sus huesos retumbaba en los emplazamientos óseos; sigue cantando incluso cuando toda su carne y su piel se han convertido en leche de hiena. Nada superaba a las Muchas Madres. Juntas eran montañas y eternidades. Mientras se tuvieran las unas a las otras y tuvieran las Historias, no había colmillo o garra que las Detuviera.

Habían horadado agujeros en carne viva en las Muchas Madres, despedazaron sus hermosos colmillos, y el cielo no cayó y ella no lloró a la carne. Ella era Ella: la superviviente, la prisionera, a quien llamaban Topsy; y Ella llevaba las Historias, a salvo en el interior de su cráneo, justo detrás de su ojo izquierdo, para que vivieran de algún modo. Pero no queda nadie para relatar esas crónicas en esta cueva humeante y negra como el hollín donde la han metido los Hombres, donde el suelo es de piedra despojada de hierba y el hierro acaricia la piel de su tobillo hasta convertirla en un cebo sangriento para moscas. Hay otras como ella, un vaivén de sombras grises que huelen a Nosotras, pero entre ellas hay madera y metal frío, y no puede verlas, y no puede tocarlas.